

El desafío de las políticas culturales en la Argentina	Título
Wortman, Ana - Autor/a;	Autor(es)
Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2005	Fecha
	Colección
identidad cultural; historia social; cambio cultural; política cultural; industria de la cultura; economía; Argentina;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20100912061500/10Wortman.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Ana Wortman*

El desafío de las políticas culturales en la Argentina

Introducción

Reflexionar en torno a las políticas culturales en la Argentina contemporánea presupone un análisis cultural renovado de la sociedad, sus cambios y sus demandas. Para ello debemos tener en cuenta las nuevas formas de producción de la cultura a la par que las formas de constitución de los públicos de los productos culturales, así como también prestar atención a las formas en que se presentan dichos productos. En este proceso de producción, distribución, circulación y consumo cultural, es clave atender al modo que ha adoptado la globalización cultural en la Argentina. Por otro lado, nos interesa pensar el problema de formular políticas culturales en el nuevo siglo y la transformación de las relaciones sociales, esto es, de qué manera las políticas culturales estarían vinculadas con los efectos que el modelo neoliberal ha tenido en el tejido social, así como también con las formas institucionales y no institucionales que adopta la hegemonía cultural.

El objetivo de este artículo consiste en dar cuenta, a partir del impacto del neoliberalismo en la crisis de los lazos sociales en un sentido fuerte, de los desafíos que se le presentan en la actualidad a las políticas culturales. Nos preguntamos, en este contexto de emergencia de identidades restringidas, al decir de Sergio Zermeño, aunque con rasgos de consumos globalizados, sobre las características que debería tener en el contexto actual un nuevo paradigma de acción cultural que integre las nuevas dinámicas culturales en un sentido democrático.

De la sobredeterminación política a la escisión

Históricamente, la noción de políticas culturales en América Latina ha estado connotada por los conceptos de cultura y política, ya que la organización de la cultura y la educación ha estado estrechamente vinculada con la constitución de los estados nacionales.

Como señalan Sarlo y Altamirano (1983), desde los inicios de la Nación argentina se visualiza una preocupación por definir una cultura argentina, la cual luego se constituirá en objeto de disputas entre formas contrapuestas de interpretar el pasado argentino, paradójicamente en una sociedad con poco pasado. Una pregunta sigue en pie: ¿cuál es el origen argentino? ¿Cuál es su punto de origen y su mito de origen?

En las llamadas sociedades de modernización temprana, cuya base poblacional ha sido mayoritariamente de origen inmigratorio, el Estado ha sido muy eficaz en la delimitación de contornos, imaginarios, controles disciplinarios. En el caso de Argentina, la educación pública, fuertemente homogeneizadora a la vez que universalista, tuvo un papel esencial en la configuración de subjetividades, espacio que se disputó históricamente con el peso fuerte de la Iglesia Católica en ese campo, y también en el control del espacio público. Al discurso cultural del Estado estuvo asociado el discurso médico basado en la ideología del higienismo. Sin embargo, esta capacidad del Estado argentino de moldear sujetos ha convivido en forma paralela con el dinamismo de la sociedad civil para generar proyectos sociales y culturales. Las artes en Argentina (King, 1984; Landi, 1984) se desarrollaron con el apoyo de la iniciativa privada, y podemos agregar junto con Sarlo (1997) que fue el Estado nacional, a través de la figura de la maestra normal –como intermediadora de la cultura–, el que generó un vasto público lector –consumidor de las ofertas que la incipiente industria editorial primero, y la industria cinematográfica después, colocaban en el espacio público.

Asimismo, diversas razones incidieron en la dificultad histórica de formar un campo cultural autónomo, en un sentido moderno. Las relaciones económicas y políticas de las sociedades latinoamericanas no han permitido la formación de un amplio mercado cultural de elite como en Europa, ni la misma especialización de la producción intelectual, ni instituciones artísticas y literarias con suficiente autonomía respecto de otras instancias de poder. Además de la subordinación a instancias económicas y políticas de la propia sociedad, el campo cultural sufre en estas naciones la dependencia de las metrópolis, siendo una de sus consecuencias el debilitamiento de las instituciones del campo cultural nacional (Sigal, 1991: 33; Sarlo y Altamirano, 1983: 85-89; Ortiz, 1994).

Esta debilidad sin embargo tiene sus matices, ya que el campo cultural en todas sus dimensiones se desarrolló por fuera de las instituciones del Estado (Sigal, 1991). Por otra parte, en el análisis de la cultura argentina propuesto por Svampa (1994) se alude a la existencia de ideologías y visiones de la historia contrapuestas y presentes en el campo cultural, a partir de la potencialidad de la matriz sarmientina *Civilización o barbarie* para interpretar las formas dicotómicas de lo político cultural. Esta imagen “dividida” de lo cultural se ha extendido hasta no hace mucho en una expresión enfrentada –con connotaciones ideológico-políticas– entre cultura popular y cultura culta o cultura de elite¹.

La sobredeterminación extrema de la cultura por la política llegó a su punto máximo en los años setenta, donde ya ninguna esfera de la vida social era autónoma de un discurso político revolucionario, imponiendo su lógica sobre las prácticas culturales². La escalada de violencia que culminó con el golpe de estado de 1976 se inició por el accionar paramilitar contra hombres y mujeres de la cultura³.

El vínculo entre cultura y política en Argentina adoptó nuevas significaciones en los años optimistas de la transición democrática, donde se hicieron innumerables balances de la destrucción de la cultura y la educación. Se confiaba en la cultura como modo de hacer política, en un sentido militante. Ciertas palabras fueron excesivamente repetidas: nueva cultura política, participación, autoritarismo, democracia. La inestabilidad económica y política que empezó a empañar cierto clima optimista de los escasos primeros años de la transición puso en crisis valores fundantes de la identidad argentina, haciendo a la sociedad argentina eco de nuevos discursos del capitalismo en un sentido radical. Hago alusión aquí a la mirada negativa que comenzó a tener el conjunto de la sociedad acerca del Estado y todo lo derivado de su esfera.

Fin de un vínculo, comienzo de otro: la puesta en escena de las relaciones entre cultura y economía

La reforma del Estado en su versión neoliberal llegó en dos momentos a la Argentina. Primero a través de una dictadura militar, y más adelante a través de un gobierno democrático. Esta se realizó con total consenso, en una sociedad castigada recientemente por los avatares de la hiperinflación, con profundas consecuencias en la vida cotidiana.

Los efectos de una transformación estructural se desplegaron plenamente con la política de privatizaciones de las empresas públicas, entre ellas los medios de comunicación. En este campo, la conformación de conglomerados multimedia en Argentina formó parte del proceso globalizador de la cultura en Occidente, el cual estuvo facilitado por las condiciones políticas vigentes, a la vez que por la debilidad del Estado para regular las transformaciones económicas, que no estuvieron exentas de prácticas de corrupción. En forma paralela comenzó a generarse un nuevo fenómeno para nuestro país como es el desempleo, cuyo impacto social redefine los vínculos sociales y las características de una extendida clase media, mito y fundamento de la identidad nacional. Consecuentemente se restringe el gasto en servicios sociales: entre ellos, el financiamiento de programas educativos y culturales, y la inversión para investigaciones científicas (sobre todo aquellas de carácter no performativo).

Así, comienza a configurarse un discurso hegemónico, a través de intermediarios culturales de nuevo tipo, según Bourdieu –los periodistas–, en el cual no hay espacio para voces portadoras de un discurso crítico. En este contexto se legitimó un nuevo discurso cultural hegemónico. Al desaparecer un lugar para el Estado en la construcción de hegemonía en un sentido de bien común, se instala masivamente la iniciativa privada en el campo de la educación pública, con grandes consecuencias en el plano de la igualdad social. Pero esto supone la desaparición de una idea de lo general cuando lo que domina es el paradigma empresarial en la lógica de la acción social: se impone la idea de la soberanía del consumidor, un consumidor fuertemente pautado en sus formas de acción por el marketing y la acción de la publicidad.

Las formas actuales de la concentración económica han generado una sociedad mucho más desigual que la dejada por el tipo de neoliberalismo implementado por la dictadura militar. Si bien podemos advertir claramente los efectos negativos de la implementación de las políticas económicas neoliberales, resulta más difícil sacar conclusiones contundentes a partir de la observación de modificaciones en las prácticas de consumos culturales. Si bien se constatan varios descensos en los consumos culturales, también es necesario tener en cuenta para el análisis el impacto de las nuevas tecnologías, la dinámica laboral, y la emergencia de nuevos estilos de vida.

La lógica cultural del capitalismo contemporáneo remite a transformaciones en lo macroeconómico, como también en la dimensión cultural de la vida social y económica, en la reorganización del campo cultural y en la emergencia de nuevas subjetividades. Por eso en el contexto actual podemos advertir modificaciones en las prácticas culturales, ya que estamos hablando de otros sujetos y otra cultura.

Por un lado, las formas del campo cultural se han transformado por diversas razones. Con relación a las industrias culturales, debe señalarse una nueva dinámica de la economía del capitalismo tardío que afecta el funcionamiento y la lógica de las industrias culturales (por ej. la industria del libro, de la música, de la televisión⁴ y la prensa⁵, y la constitución de los conglomerados multimedia⁶). En este campo, la embestida de las empresas de comunicación e informática⁷ ha incidido en la dinámica de la economía, como señalan autores como Castells (1997) y Lash y Urry (1997), pero también su presencia supone cambios culturales radicales ya que han modificado las relaciones laborales y el vínculo de los sujetos con el trabajo. En los usos del tiempo libre, así como en la relación entre tiempo libre y tiempo de trabajo, han surgido nuevos consumos culturales, así como también se debe mencionar su articulación con las formas actuales de presentación del campo artístico⁸. Si bien este impacto es más visible en el ámbito del espacio privado, también debería pensarse en la relación de la gente con la cultura en el espacio público (la proliferación de cybercafés, el uso de Internet⁹ en lugares públicos, así como la emergencia de nuevas formas de percepción y apropiación de los productos culturales, las megamuestras¹⁰, los bares culturales, los multicines).

Sin embargo, contradiciendo cierta imagen pasiva de un sujeto consumidor de cultura que acompañaría esta dinámica cultural, se manifiesta –paralelamente– una respuesta positiva a actividades del hacer cultural en el espacio público. No contamos con estadísticas que confirmen esta afirmación, pero podemos observar a partir de la prensa gráfica, en publicidades en la vía pública, y en nuestra recorrida diaria de la ciudad, el creciente público de las ofertas de talleres del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA), emergencia de ONGs culturales que posibilitan la acción cultural de grupos de arte barriales, manifestaciones de teatro callejero¹¹, proliferación de talleres de murga, el creciente número de escuelas de cine. Estas formas de consumo cultural podrían estar asociadas a la búsqueda de vínculos de carácter comunitario o, como se dice actualmente, a formas sociales de carácter local que se enfrentan a la propuesta globalizada de la industria cinematográfica y televisiva.

Luego de un período de rotundo éxito de la televisión, los años noventa, asistimos a una vuelta a la seducción del espectáculo directo, así como a la práctica personal del arte (bailar, cantar, hacer teatro, etcétera). Se podría afirmar que hay una mayor presencia del cuerpo en las manifestaciones culturales. El crecimiento de los hacedores de arte pone en cuestión miradas deterministas en torno a la presencia de los *massmedia*, y nos invita a la reflexión de la dialéctica social.

Acerca del lazo social

Nos preguntamos sobre qué sociedad se asientan los cambios culturales. ¿Es posible deslindar la cuestión social del impacto de la llamada globalización? Según afirman diversos sociólogos y científicos sociales en general, ha entrado en crisis el concepto de sociedad en el marco de los procesos culturales globalizadores. Precisamente, el pensamiento sobre la sociedad surgió en consonancia con el de Estado nación, hoy en franca reformulación a la luz de la globalización económica, política y cultural (Ortiz, 1994). Sin embargo este cambio de foco no supone afirmar que las sociedades han desaparecido. Se diluye la idea de sociedad como totalidad, concebida en un sentido homogéneo, como modo de pensar lo social, ya que se lo reconoce atravesado por múltiples procesos de homogeneización y heterogeneización. Asimismo, como destaca Giddens, en el marco de la aceleración de los procesos sociales de la modernidad tardía se viven de otra manera las temporalidades, y el espacio es menos relevante para pensar la sociedad, los lugares donde tradicionalmente se desarrollaban las culturas y las sociedades. En la actualidad, la lógica temporal de aceleración rige nuestras vidas. Todos estamos atravesados por el corto plazo, pero compartimos con Lechner (1999) que no es lo mismo esa lógica de la acción en un ejecutivo que en un trabajador precarizado. También en la idea de reflexionar sobre la relación entre procesos de globalización y sociedad, agregaría García Canclini (2000), los empresarios se desplazan, y las poblaciones y lo social despedazado, al decir de Zermeño, quedan.

El escenario social de nuestras sociedades es realmente preocupante. Así como ha descendido la venta de libros, se han cerrado salas de cine¹², y han crecido el desempleo, el subempleo, la precarización laboral, la explotación, el trabajo infantil, grandes asentamientos de grupos sociales que viven bajo los niveles aceptados de pobreza¹³. Esta creciente dualización¹⁴ de nuestras sociedades es posible también en un contexto de crisis de los imaginarios vinculados a lo colectivo, a derechos de igualdad y participación política. A la vez que se percibe a la política más lejos de la sociedad, tampoco se cree en la posibilidad de una acción política diferente. Las voces en ese sentido son escasas y, siguiendo el caso argentino, de difícil articulación. Las protestas sociales son fragmentadas, como fragmentadas son las identidades sociales. La pregunta de difícil respuesta es: ¿cómo recrear formas de solidaridad social en tejidos sociales deshechos por la miseria y la violencia sin sentido? ¿Qué relación se puede establecer entre este problema y el sentido de las políticas culturales hoy?

En Argentina, la formulación de políticas culturales en la transición democrática estuvo fundada sobre la base de valorizar la cuestión de los derechos humanos, por los efectos de las dictaduras. Si las políticas culturales –al menos en el Cono Sur– han sido exitosas en instalar en los años ochenta la idea de resolución de los conflictos y destierro de la violencia en el marco de un sistema democrático, como resultado del neoliberalismo, sostenemos que la acción cultural debería orientarse en torno a nuevas significaciones de los derechos sociales, esto es, de ampliación de la ciudadanía. Se trata de reflexionar acerca de las consecuencias sociales, culturales y subjetivas de un orden sociopolítico fundado en la lógica del mercado y en la instalación de valores competitivos y excluyentes donde la solidaridad y el sentido de pertenencia pierden sentido, se banalizan. Al menos, hoy el eje debería centrarse en promover una sociedad más igualitaria, sin abandonar la emergencia de la diversidad y de la resignificación de lo nacional.

En la actualidad la teoría social reflexiona en torno a una nueva cuestión social¹⁵. En la segunda mitad de los ochenta, en el contexto latinoamericano, lo social da cuenta de la crisis de la modernidad, en el sentido de un cambio social visible material e imaginariamente. Se instala un pensamiento desesperanzado donde la acción política parecería no tener lugar: los chilenos hablan de una sociología de la decadencia. Zermeño (1990) percibe la vuelta de los populismos, pero en el contexto de economías excluyentes y de ruptura del lazo social, de la emergencia de identidades restringidas. Hacia fines de los noventa asistimos a una forma de violencia simbólica, la de sentirse de más (García Raggio, 1998).

Nuevos contenidos de las políticas culturales en la Argentina que cambió

Uno de los objetivos de las políticas culturales en los setenta y ochenta en América Latina consistía en revalorizar identidades. En general se entendía por identidades a las identidades étnicas, las diferencias culturales, frente a cierto discurso cultural que consideraba jerárquicamente los bienes simbólicos de estéticas occidentales. Si en el resto de América Latina esto era claro dado el componente mestizo de su población, en Argentina esta meta era más difusa, ya que las culturas indígenas y mestizas eran minoritarias y habían sido fuertemente desplazadas por el discurso estatal y las políticas inmigratorias. Este criterio, por cierto, debe ser revisado, o mejor dicho ampliado. La heterogeneidad de la supuesta identidad argentina no sólo se hace visible a través de las culturas y etnias postergadas. En la actualidad, la cuestión de la identidad asume nuevas complejidades. Por un lado, mantenemos los prejuicios raciales por el color de piel y el origen religioso. Siendo la Argentina el país con mayor proporción de población judía en relación con el resto de América Latina, es llamativa la persistencia de fuertes prejuicios antisemitas, los cuales han existido siempre –si revisáramos la educación que dan algunos de los colegios católicos argentinos, podríamos dar cuenta del origen y persistencia de estas creencias. El prejuicio también se mantiene en la formación de los aparatos represivos del Estado como la policía y las Fuerzas Armadas. El hecho de que luego del atentado a la AMIA, nunca esclarecido, las instituciones judías hayan tenido que poner bloques de cemento en la vereda como un modo de advertir a los transeúntes que están frente a algún peligro, o pueden ser víctimas de otra masacre, pone en evidencia la existencia de un fantasma de una población que “genera peligros y miedos”. A su vez, persiste la descalificación en relación con la población migrante del interior, en particular proveniente de provincias del Noroeste argentino con raíces indígenas. Asimismo, los prejuicios raciales se han hecho evidentes con la llegada de migrantes de los países limítrofes (Bolivia, Paraguay, Perú), quienes atraviesan discriminaciones en las instituciones educativas, hoy no preparadas para recibir a los extranjeros.

Asimismo, y por razones no del todo explicitadas, la sociedad argentina se está convirtiendo nuevamente en receptora de corrientes migratorias de diversos y remotos orígenes además de las habituales de países limítrofes. Ahora contamos con población proveniente del Sudeste asiático, de Europa del Este, de los Balcanes, grupos sociales que ponen de manifiesto el impacto de las transformaciones económicas y políticas del mundo globalizado. ¿Qué sabemos de estos grupos? ¿Qué características tienen estas migraciones? ¿Podemos pensarlas con el mismo discurso homogeneizador de principios de siglo? ¿Existe la creencia en estos grupos de un lugar que los cobije, existe la idea del arraigo en algún lugar? ¿La cuestión de la identidad se plantea también en el plano social? ¿Tienen identidad los excluidos, aquellos que no pueden trabajar? ¿Es posible la configuración de nuevos posicionamientos sociales en el contexto de la flexibilización laboral? ¿O hay, como ya citáramos, sólo disolución de lo social en el marco de la violencia cotidiana, el desempleo y la pobreza? ¿Se configuran nuevas identidades sociales de la clase media empobrecida?

Estas transformaciones en el universo social cobran una significación diferente a la de años anteriores a partir de las representaciones e imaginarios que configuran los medios de comunicación, y las industrias culturales ocupan un rol central en la vida cultural contemporánea del capitalismo tardío. Dubet y Martucelli afirman que los medios son casi el único espacio que produce y reproduce el orden social (2000), en un contexto de escasa participación política y crisis del lazo social. Ante este nuevo fenómeno de hegemonía cultural, un nuevo panorama se le impone a las políticas culturales. Por un lado vincularse a esta industria, y por otro producir entusiasmo por manifestaciones culturales de mayor densidad simbólica.

Ahora bien, ¿qué significa esta centralidad en el vasto abanico de los consumos culturales de los bienes producidos por las industrias culturales? Muchas son las implicancias de esta lógica, pero podemos mencionar brevemente algunas. El producto cultural cambia: ahora está estrechamente atravesado por las nuevas tecnologías, cambian las formas de presentación y difusión del producto cultural, se modifican los espacios de circulación de la cultura, así como también el sujeto que la consume. Por un lado, este formato dominante obstaculiza la posibilidad de democratización de la cultura, la condiciona. ¿De qué manera pueden intervenir las políticas culturales formuladas por el Estado? En el caso del cine y del libro, podemos apreciar notoriamente el proceso de globalización cultural. Se ha impuesto un modo de globalización, de corte americano, produciendo un fuerte impacto uniformizador en las formas de difusión cinematográfica y en el gusto por el cine. En relación con el libro, podemos observar una disminución de las ventas en el contexto de una profunda reorganización de editoriales en un intento de recuperar potencial económico, a la vez que abandonando alguna idea de proyecto editorial o cultural como valor¹⁶. En el actual clima cultural parece imposible pensar en proyectos editoriales democratizadores de la cultura universal, con formatos populares para su venta en kioscos, dados tanto el ya señalado declive cultural como la incapacidad económica de los sectores medios bajos y bajos, más fuertemente castigados por los ajustes económicos. Suele ser frecuente en Buenos Aires la realización de Festivales promovidos por las Secretarías de Cultura, como puntos fuertes de las políticas culturales actuales con el propósito de diversificar el gusto por un cine otro, así como las Ferias del Libro constituyen un espacio de revinculación social con la cultura del libro. En estas propuestas, ¿se impone hacer estudios del impacto de estas acciones, estudios de público de estos megaemprendimientos¹⁷?; ¿logran las metas que se proponen, se adecuan los logros al gasto que suponen?

Por otro lado, si bien este formato mediático de la cultura es dominante y el más próximo a la vida cotidiana de la gente, ¿es el único? Así como, según pareciera, los jóvenes sólo consumen MTV y música bajada por Internet, debemos recordar que la creatividad social no cesa. También resurgen formas de la cultura “antiguas” o que pertenecen a otras tradiciones, las que parecerían contraponerse a la lógica de la técnica, como en el caso de la murga y el teatro callejero, el teatro con formato de circo, las artesanías, en fin, espacios donde se puede apreciar el sudor del cuerpo. En muchos casos la cultura, el hacer cultura, es una forma de vida. Es posible observar entonces múltiples lógicas de la vida cultural conviviendo en los sujetos contemporáneos, aunque reconozcamos que la industria cultural produce las máscaras contemporáneas al decir de Lash y Urry (1997). Es verdad que se debe potenciar la producción local de la industria cultural, pero ¿qué hacemos con aquello que no es industria? ¿Qué hacemos con la experimentación, las escuelas de arte, las orquestas de cámara, aquello que no es rentable, que no tiene lugar en el mercado, que no genera ganancia y que cada vez parece importar menos?¹⁸

El lugar que ocupa la cultura en las sociedades contemporáneas¹⁹ exige redefinir el sentido de las políticas culturales. Sin embargo, la misma lógica del mercado genera distintas culturas. Entonces: ¿de qué se ocupan las políticas culturales? ¿Cuál es su objeto? Si las industrias culturales capitalistas ocupan un lugar fundamental en el funcionamiento de la economía capitalista contemporánea, ¿de qué manera intervenir? ¿Es la lógica del mercado capitalista la que define un direccionamiento de las políticas culturales hacia la industria cultural? Si la cultura no está sostenida por valores vinculados a un proyecto emancipatorio, ¿sobre qué ejes debería orientarse? ¿No podemos opinar sobre los valores? ¿Sobre qué imágenes construir un sentido colectivo? Una vez comprendida la necesidad de reflexionar en torno al financiamiento en un contexto signado por la relación costo-beneficio y el fuerte debilitamiento de nuestros estados, ¿cuál es el sentido de invertir en cultura? Esto nos lleva nuevamente a pensar a la cultura en términos políticos, seguramente ya no vinculados al proyecto moderno del Estado nación, pero es difícil en nuestros países desvincularla de la idea de proyecto, así como también es impensable desvincularla del Estado, cuya función debería ser reformulada.

¿Cómo convencer a los empresarios del “beneficio” de la cultura? Las políticas culturales post-neoliberalismo, aunque situadas en sociedades donde el imaginario neoliberal dejó profundas secuelas en torno a las formas básicas del lazo social, deberían intervenir desde el Estado, en coordinación con las iniciativas de la sociedad civil. Las políticas culturales deben reconocer las formas actuales de la cultura, pero no mimetizarse con la estética del mercado y la lógica publicitaria; para ello deberán contribuir a la conformación de una identidad de los que constituyen las nuevas formas del campo cultural: espacios culturales, agrupaciones de artistas (teatro, cine independiente, música alternativa, música clásica, patrimonio, teatros nacionales, formas administrativas más eficaces que convivan con el sentido artístico para el que fueron creadas).

Con el propósito de redefinir el sentido de la solidaridad, fundamento de un nuevo lazo social, se hace necesario pensar formas de articulación de las políticas culturales con el sistema educativo (Bourdieu), a la vez que con políticas sociales. Aquí es fundamental investigar, relevar, qué pasa en las zonas pauperizadas. Los sectores marginales, excluidos, que “se sienten de más”, también están atravesados por el proceso de estetización de la vida cotidiana, por la presencia de los medios, la TV por cable; así como la relación de sus jóvenes con la música, el intento muchas veces fracasado de formar una banda de *rock*, o de bailar y prepararse para ello, dan cuenta de la relación de todos los sectores sociales con la cultura. Quienes investigamos sobre cultura siempre decimos que se la debe promover junto con las políticas de salud, asistencia social, etcétera. Este propósito constituye un difícil desafío en momentos de anomia social y crisis de la función del Estado en el contexto de aplicación de recetas económicas fundadas en el control del gasto y la regulación del déficit fiscal.

Sin embargo, parecen existir ámbitos donde se reconstruyen formas de la solidaridad, por ejemplo los comedores escolares, de la tercera edad, de desocupados. Estas formas de socialidad de la pobreza deben ser tenidas en cuenta en las políticas culturales.

El disfrute debe acompañar la reproducción material de la vida. También el neoliberalismo ha producido un proceso de reculturalización, no sólo por las características propias del capitalismo contemporáneo, sino también por el fracaso de un modelo de vida diferente. El neoliberalismo mostró crudamente los límites y desaciertos del Estado benefactor, así como el posmodernismo mostró los límites y desaciertos de la modernidad. Ya no hay discursos homogeneizadores, no hay identidades totalizadoras. En torno al trabajo ya no se constituyen identidades colectivas (sociales, políticas). ¿Pero cómo se construye un lazo social, un intercambio social más igualitario, si no es a través de recrear algún sentido de lo colectivo, que otrora generaban las identidades de clase y/o los partidos políticos, hoy tan cuestionados? Se ha demostrado que el hombre no es sólo un trabajador, como lo era para cierto imaginario modernista. Sufre, se ríe, se divierte, goza, tiene múltiples alineaciones, se ha hecho reflexivo (Lash y Urry; Giddens), pero eso no quiere decir que no necesite un trabajo digno para vivir. ¿Cómo pensar un nuevo sentido de lo colectivo con sujetos que se reconocen en identidades múltiples, pero que han perdido cierto bienestar material y lazos sociales? ¿De qué manera una política cultural en Argentina podría incidir en la elaboración de un nuevo modo de ser argentino, reconocer las diferencias, reflexionar en torno a los prejuicios raciales? Hay políticas que no son culturales pero que inciden en la cultura. En Argentina, la Iglesia Católica está asociada al Estado: de hecho, un alto porcentaje del sistema educativo privado es católico y está subsidiado. Aquí se impone construir un nuevo discurso sobre la historia argentina, de modo de desmontar los mecanismos racistas sobre los que se montó la construcción del Estado argentino que inciden en la existencia de prejuicios hacia los migrantes de países limítrofes; ¿por qué existen estos prejuicios, cómo se construyeron? Un conjunto de valores pugna por estallar, en el marco de una sociedad que atraviesa una profunda crisis social, cultural y fundamentalmente de identidad.

Para finalizar estas reflexiones, presiento que deberíamos revisar la idea moderna del público, fundamentalmente habermasiana, de asistir a espacios donde se exhibe la producción cultural como una manera de intervención en la cultura. El incremento del hacer cultura podría estar indicando un nuevo modo del sujeto de vincularse con la cultura entendida como creación, como una manera de hacer algo diverso en el marco de cierta uniformización del mundo. Hay una demanda de ser actor cultural. La llamada estetización de la vida cotidiana a la que alude Featherstone, como un proceso que se inicia con la modernidad, parece, en el escenario cultural contemporáneo, extenderse a diversas esferas de la vida social, proceso del cual también forman parte los sectores excluidos. En ese sentido, las políticas culturales tienen mucho por canalizar y generar.

Ya no tiene sentido pensar las políticas culturales en relación al Estado nación, ya que, como se afirma, no existen más las identidades nacionales. Ahora bien, ¿cómo se vive lo nacional hoy? ¿Cómo convertir lo nacional convertido en fundamentalismos en un elemento de una nueva ciudadanía contemporánea? ¿De qué manera incorporar la cuestión nacional, expresada muchas veces en el fútbol y en ciertas figuras massmediáticas, en una reflexión que recupere la memoria histórica, la memoria social y la memoria cultural de un universo no estrictamente local? En ese sentido me parece importante pensar la acción cultural en la perspectiva de generar un espacio público en términos que incluyan las transformaciones de la cultura contemporánea. Esto no significa abandonar el ideal habermasiano en cuanto a la preocupación por una esfera pública discursiva fundada en un paradigma letrado, pero este deberá convivir con la perspectiva de un espacio público figural, permeado por las nuevas formas estéticas y las nuevas narrativas contemporáneas. Neoliberalismo, posmodernismo, nuevas subjetividades, nuevos estilos de vida, forman parte del desafío de la acción cultural. Pensar las políticas culturales no supone adoptar un sentido nostálgico en relación a la existencia del Estado de bienestar. Reconocemos la necesidad de la intervención en el plano de la desigualdad. En la sociedad capitalista, el Estado, dicho en términos clásicos, tiene esa función. Sin embargo, debemos reflexionar en torno a las características del escenario social y cultural actual, que no es el mismo de los ochenta. También el sujeto, productor y consumidor de la cultura, ha sido radicalmente transformado.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos 1983 "Algunas notas sobre nuestra cultura" en *Punto de Vista* (Buenos Aires) Año VI, N° 18, agosto.
- Anuario Clarín* 1999-2000 (Buenos Aires: Grupo Clarín).
- Anuario Clarín* 2000-2001 (Buenos Aires: Grupo Clarín).
- De Ipola, Emilio (comp.) 1998 *La crisis del lazo social. Durkheim, cien años después* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Dubet, François y Martucelli, Danilo 2000 *¿En qué sociedad vivimos?* (Buenos Aires: Losada).
- Featherstone, Mike (org.) 1996 *A cultura global* (São Paulo: Vozes).
- Featherstone, Mike 1997 *Undoing culture* (London: Sage).
- Featherstone, Mike 2000 *Cultura de consumo y posmodernismo* (Bs. As.: Amorrortu).
- Filmus, Daniel (comp.) 1999 *Los noventa. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo* (Buenos Aires: FLACSO/EUDEBA).
- García Canclini, Néstor 2000 *La globalización imaginada* (Buenos Aires: Paidós).
- García Raggio, Ana María 1998 "Transitando por los márgenes: las transformaciones del trabajo y el debilitamiento de la ciudadanía" en *La crisis del lazo social. Durkheim, cien años después* (Buenos Aires: EUDEBA).
- King, John 1984 *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del sesenta* (Buenos Aires: Ediciones de Arte Gagaglione).
- Landi, Oscar 1984 "Cultura y política en la transición a la democracia" en *Nueva Sociedad* (Caracas) julio/agosto.
- Landi, Oscar 1987 "Campo cultural y democratización política" en García Canclini, Néstor (comp.) *Políticas culturales y crisis de desarrollo en América Latina* (México: Grijalbo).
- Lash, Scott y Urry, John 1997 *Economías de signos y espacio* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Lechner, Norbert 1999 "Los condicionantes de la gobernabilidad democrática en América Latina de fin de siglo" en *Los noventa. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo* (Bs. As.: FLACSO/EUDEBA).
- Margulis, Mario 1996 *La juventud es más que una palabra* (Buenos Aires: Biblos).
- Ortiz, Renato 1994 *Mundialización y cultura* (Buenos Aires: Alianza).
- Sarlo, Beatriz 1983 "La perseverancia de un debate" en *Punto de Vista* (Buenos Aires) Año VI, N° 18, agosto.

Sarlo, Beatriz 1984 "Argentina 1984: la cultura en el proceso democrático" en *Nueva Sociedad* (Caracas) julio/agosto.

Sarlo, Beatriz 1997 *La máquina cultural* (Buenos Aires: Planeta).

Sigal, Silvia 1991 *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (Buenos Aires: Punto Sur).

Svampa, Maristella 1994 *El dilema argentino: Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto).

Wortman, Ana 1995 "En torno de las políticas culturales para jóvenes en sociedades postajuste", mimeo.

Wortman, Ana 1996 "Repensando las políticas culturales de la transición" en *Sociedad* (Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales-UBA) N° 9.

Wortman, Ana 1996 "TV e imaginarios sociales: los programas juveniles" en Margulis, Mario (edit.) *La juventud es más que una palabra* (Buenos Aires: Biblos).

Wortman, Ana 1997 "Nuevos sentidos de la palabra cultura en la sociedad argentina del ajuste" en *Estudios Sociales* (Santa Fe) Segundo Semestre, N° 13.

Wortman, Ana (comp.) 1997 *Políticas y espacios culturales en la Argentina. Continuidades y rupturas en una década de democracia* (Buenos Aires: EUDEBA).

Zermeño, Sergio 1990 "El regreso del líder" en *David y Goliath* (Buenos Aires) N° 56, abril.

Notas

* Socióloga. Magíster en Ciencias Sociales, FLACSO. Investigadora del Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA).

El presente artículo está incluido en la compilación de Daniel Mato Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización 2 (Caracas: CLACSO) agosto de 2001.

1 Si bien esto llega a su paroxismo con el peronismo, ya había comenzado con la contaminación nacionalista de la cultura en los años treinta. Reaparece en los años setenta y desaparece casi definitivamente en los noventa, con la primacía de las industrias culturales en la escena cultural, donde aparentemente ya no existiría una contraposición entre alta/baja cultura. Tampoco el peronismo, en su actual versión menemista, se expresa en el plano de la cultura a través de este tipo de representación. Al no existir enfrentamientos ideológicos en el campo cultural, este enfrentamiento pierde densidad, aunque algunos prejuicios sigan existiendo en el sentido común y en el imaginario colectivo.

2 Como lo señala Sarlo (1984): "Pero estas utopías arrojaron también otros efectos negativos en la conformación del campo intelectual. Destruyendo el modelo de un mandarinato escindido de las grandes cuestiones, pretendieron anular las especificidades del campo. La política empezó a imponer sus razones (no siempre buenas para la cultura), comenzó a gobernar los paradigmas de la historiografía, y dominó la discusión de las grandes cuestiones universitarias en nombre de la lucha contra el cientificismo".

3 Como afirma Landi (1984: 76): "La verdadera novedad de su política (el último golpe) fue asociar la posibilidad de cambiar los procesos de formación del poder político a una serie de dispositivos de disciplinamiento y de reculturalización de los argentinos, ampliando de este modo el espacio del conflicto cultural".

4 Argentina es el país de América Latina con mayor penetración de la TV por cable, según Private Advisor, febrero de 1999. En esa fecha la cifra alcanzaba el 54,5% en dicho país, lo seguían Uruguay con el 42,4%, y luego Chile con el 22,6%. Con relación al mundo, Argentina ocupa el cuarto lugar. El primero es EE.UU. con 64,8 millones de hogares, le sigue Alemania con 18 millones, luego Canadá con 8 millones, y Argentina, con 5 millones (fuente Mercado del Cable, agosto de 1999, Anuario Clarín, 2000-2001). Sin embargo, luego de tener un crecimiento muy pronunciado en el primer lustro de los años noventa, el número de abonados se ha estancado por diversas razones: la crisis económica de los sectores medios y la competencia con la TV satelital (Anuario Clarín, 1999-2000).

5 Es de destacar en nuestro país la diversificación de periódicos en diversos idiomas, en particular en italiano, fenómeno que pretendería revalorizar los orígenes migratorios de los habitantes de nuestro país, proceso en el cual los italianos fueron los más numerosos.

6 En nuestro país, el diario El Cronista pasó a manos del grupo español Recoletos, que pertenece a su vez al grupo británico Pearson. Por su parte, el empresario de medios dedicados al deporte compró el canal de TV América.

7 Si bien las megafusiones son conocidas por todos a través de información periodística, constituyen una información que merece ser recordada en nuestro ámbito de reflexión, ya que afecta y modifica la cuestión cultural de cada uno de nuestros países. Podemos citar, entre otras, la compra que realizó la empresa de cable y entretenimientos Viacom, propietaria de la cadena musical MTV y los estudios Paramount, de la cadena de TV CBS. Esta nueva empresa disputará el primer puesto a otros dos colosos. Luego se produjo la fusión de la cadena NBC con Paxson Communications (Anuario Clarín, 1999-2000). En el año 2000 la economía de los medios estuvo marcada por la megafusión entre el coloso Time Warner y la principal empresa proveedora de Internet, America Online. Esta unión fue la primera entre una empresa de economía virtual y un grupo de medios de los hasta entonces llamados tradicionales. Este acontecimiento a su vez posibilitará la convergencia entre distribución, conectividad y contenidos, que facilitará una gama de nuevas aplicaciones para los usuarios, como el acceso a los programas producidos por Time Warner a través de la Web o, al revés, la conexión a Internet a través de la pantalla del televisor. Estas alianzas tuvieron impacto en la industria de la música, ya que Bertelsmann, asociada a AOL, rompió con esta luego de la fusión con Warner y se alió con Napster, el popular servicio de intercambio gratuito de archivos musicales en la Web. En el interín del juicio que esta última debió soportar por violación a las leyes de derechos de autor, sus usuarios empezaron a mudarse a otros sitios como Gnutella y Freenet (Anuario Clarín, 2000-2001).

8 El ahora multimédios del diario Clarín auspicia gran número de espectáculos culturales, y produce películas, TV abierta, TV por cable, TV satelital, etcétera.

9 Entre el año 2000 y el 2001 creció notablemente el mercado de Internet en la Argentina, de 1,4 millones en el primer año a 4,5 millones en el segundo (Anuario Clarín, 2000-2001).

10 La muestra del pintor argentino Benito Quinquela Martín se convirtió en la más visitada de la historia del arte en Argentina. En los tres meses que duró, asistieron más de 400 mil personas.

11 Durante 1999 se prolongó con gran aceptación en Buenos Aires una tendencia que venía asomando en años anteriores: la proliferación de espectáculos, en su mayoría a la gorra, que se ofrecen para el público joven, de entre 14 y 25 años. Suelen ser shows de humor y parodia, sesiones de unipersonales o series de improvisaciones con tema libre. Esta movida del teatro adolescente no surgió orgánicamente, no hay detrás una camada identificable de actores ni campaña alguna de marketing: el dato transmitido boca a boca ha llegado a provocar aglomeraciones (Anuario Clarín, 1999-2000).

12 Sobre este tema he escrito un artículo, "Identidades sociales y consumos culturales en la Argentina: el consumo de cine", donde doy cuenta de la disminución en el largo plazo de los públicos de cine, que próximamente saldrá publicado en la revista Intersecciones de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Bs. As. Si bien hay distintas apreciaciones sobre el fenómeno, ya que por un lado ha aumentado el acceso al cine a través de la TV por cable y del alquiler de películas a domicilio, es sabido que hay cierto tipo de cine que actualmente tiene una mínima difusión en el espacio público, particularmente por la proliferación de salas de cine en los shoppings, donde lo que más se difunde es cine de origen americano. Por eso, a pesar de un leve repunte de asistencia al cine en los últimos cinco años, el nivel no llega a alcanzar públicos históricos.

13 Entre mayo de 1994 y mayo de 2000, 1.750.000 personas ingresaron en la pobreza. También, dentro de este aumento de la pobreza, lo que más creció fue la indigencia, lo que significa que una franja de pobres descendió un escalón más y se transformó en pobres estructurales: en 1994, el 3,3% de los habitantes porteños y del GBA eran indigentes, y en mayo de 2000 este porcentaje abarcó el 7,5%, verificándose un aumento del 127%. La suba de la pobreza fue porque aumentó el desempleo y creció el número de gente que trabaja pocas horas. El 90% de la gente que trabaja recibió ingresos como asalariado o trabajador autónomo inferiores, etcétera. Se estima que en la actualidad el 40% de los argentinos es pobre. Así, sobre una población de 37.000.000 de personas, habría casi 15.000.000 de pobres (Encuesta Permanente de Hogares, citada en el Anuario Clarín, 2000-2001).

14 En 2000 la distribución de la riqueza se hizo más desigual en Argentina y alcanzó un nuevo salto. De acuerdo a las cifras oficiales de mayo de 2000, el 10% más rico de la población de la Capital y el Gran Buenos Aires recibió el 37,2% de los ingresos totales, mientras que en mayo de 1999 recibía el 16,3%. Y el 20% más rico se quedó con el 53%, cuando un año atrás se quedaba con el 52,3%. El 60% de la población con ingresos percibe menos de 500 pesos mensuales.

15 Sugiero revisar en ese sentido el reading de Emilio de Ipola en torno al significado del lazo social, del vínculo social a la luz de la desaparición del Estado social en las sociedades occidentales, teniendo en cuenta las diferencias de este proceso en los países desarrollados con respecto a los nuestros (1998).

16 Aquí hacemos mención a editoriales como EUDEBA, o el Centro Editor para América Latina, que en los años sesenta y setenta lanzaban colecciones universitarias y literarias a muy bajo costo y con fuerte alcance editorial.

17 Todos los años se realiza en la Ciudad de Buenos Aires el Festival de Cine Independiente, cuyo propósito es difundir el cine realizado por productores no vinculados con las grandes producciones americanas, y de esta manera reflotar el gusto por este arte, más allá de la espectacularización que domina las producciones y coproducciones actuales. Suelen aparecer en estos espacios películas de nuevos directores que cuentan con pocos recursos, y donde lo que más se acentúa son los recursos imaginativos en lugar de las producciones al estilo Hollywood. Asimismo, la Fundación El Libro, con el apoyo de la Secretaría de Cultura de la Nación, realiza todos los años la Feria del Libro, evento que convoca a una gran cantidad de público, pero que no tiene igual impacto en las ventas.

18 Nuestra preocupación por los espacios de difusión del arte se funda en la lógica arrasadora del criterio abstracto del mercado, en el cual aparentemente desaparecen las jerarquías culturales. Nos estamos refiriendo a la desaparición de criterios artísticos en la difusión de música universal en las radios nacionales y a la falta de apoyo económico para Radio Clásica, una FM que, si bien se dedicaba a difundir música clásica consagrada, con algunos pocos espacios para el jazz, constituía prácticamente el único espacio masivo mediático destinado a la difusión de esta música. Esta falta de apoyo va a derivar en la venta, más redituable y de dudoso valor cultural, de la FM mencionada a uno de los mayores empresarios de la industria televisiva, como es el conductor Marcelo Tinelli. Existen algunos trabajos sobre este nuevo intermediario cultural, el cual ascendió cultural y económicamente durante los años de la política menemista y está asociado a dicha estética política. Hemos escrito sobre este empresario de los medios, Marcelo Tinelli, en "TV e imaginarios sociales: los programas juveniles" en Margulis (1996). Existe un trabajo de Carlos Mangone sobre el tema.

19 En la bibliografía reciente sobre las formas societales del capitalismo tardío se enfatiza la relevancia de la dimensión cultural. Si lo estético constituye las identidades sociales, a través de la fuerza de la industria cultural, coloca en un primer plano la relevancia de las políticas culturales en la producción de lo social (Baudrillard; Featherstone; Lash y Urry). Dubet y Martucelli desarrollan el concepto de identidades mediáticas (2000).